

él ó el emperador intentarían agredirle en sus propios dominios de Suecia. La ayuda que el emperador facilitó á Polonia enviándole el numeroso ejército que mandaba Arnim, hizo subir de punto sus temores. Encontrábase entonces Gustavo Adolfo en situación análoga á la de Federico el Grande al estallar la guerra de los Siete años: tenía enfrente á la coalición de sus enemigos que se había manifestado públicamente durante la guerra de Polonia. ¿Había de esperar á que le agredieran y aniquilaran? Ya en 1629 estaba resuelto á anticiparse á este ataque desembarcando en Alemania; ya entonces el Consejo del Reino sueco, con perfecto conocimiento del verdadero estado de cosas, aconsejó unánimemente la guerra ofensiva contra el emperador y declaró francamente que la causa principal de esa expedición alemana era la tendencia del emperador á apoderarse de Suecia y del Báltico.

Si se examina esta situación de la política general europea, compréndese cuánta importancia tenía el hecho de que Polonia, á pesar del apoyo del emperador, hubiera de decidirse en setiembre de 1629 á firmar con Suecia aquel armisticio por seis años, por el cual cedía provisionalmente á esta potencia Elbing, Braunsberg, Pillau y Memel, es decir, los puertos mas importantes de Prusia en el Báltico, y reconocía los derechos de Suecia á las provincias bálticas arrebatadas á Prusia. Esta solución aclara al propio tiempo la antigua controversia sobre si Gustavo Adolfo emprendió la guerra contra Alemania por motivos puramente religiosos ó simplemente políticos, es decir, si con la guerra se proponía salvar á los protestantes alemanes de la opresión del emperador ó quería tan solo realzar el poderío de su reino. Uno y otro objetivo, la religión y la política, estaban inseparablemente unidos en la mente del monarca sueco, pues si bien eran genuinamente políticas las razones que le impulsaban á aventurarse en tan peligrosa guerra, esas razones estaban íntimamente enlazadas con las ideas religioso-eclesiásticas que agitaban al mundo en aquellos tiempos. Los enemigos políticos de Gustavo Adolfo eran á la vez sus enemigos religiosos, y el antagonismo religioso fué el que agrió y dió verdadera importancia al antagonismo político. Cuanto mas conseguía oprimir al protestantismo en Alemania, tanto mas fácil le era al emperador dirigirse contra los protestantes de fuera del Imperio, especialmente contra Suecia. Los protestantes alemanes eran indudablemente aliados de Gustavo Adolfo aun antes de que estallara la guerra entre este y el emperador, y si recordamos además que el rey de Suecia debía la corona que ceñía á sus convicciones firmemente protestantes, comprenderemos claramente que los motivos religiosos y los políticos eran inseparables en el ánimo del monarca sueco, el cual al defender sus intereses políticos defendía los del protestantismo en general y los de los protestantes alemanes en particular. Cabe suponer que Gustavo Adolfo no habría ido á Alemania si solo se hubiese tratado de proteger á los protestantes del Imperio contra las vejaciones del emperador; pero no es menos cierto que el antagonismo político entre este y aquel arrancaba, en el fondo, del antagonismo religioso. Por otra parte es indudable que la intervención de Gustavo Adolfo en la guerra alemana fué motivada, aparte de aquellos intereses políticos, por la compasión que le inspiraban sus correligionarios de Alemania que tantas veces habían solicitado su auxilio. De todos modos, con Gustavo Adolfo surge por vez primera en el teatro de aquella guerra terrible un héroe que, movido por elevados é ideales impulsos, supo comunicarlos á todo su ejército, poniendo á este al servicio de una causa levantada y noble. Los ejércitos que hasta entonces habían intervenido en la guerra alemana, es decir, los de Mansfeld, de Cristian de Brunswick y de Wa-

llenstein, habían sido ejércitos de mercenarios indisciplinados, no unidos por una idea elevada, un conjunto de hombres de todas las nacionalidades y de todas las creencias sin mas objetivo que la ganancia, la soldada y el botín. El de Gustavo Adolfo, por el contrario, estaba animado por un entusiasmo nacional y religioso, mantenido en una severa disciplina por su heroico monarca y compuesto de elementos exclusivamente protestantes, que no consideraban como fin y misión de la guerra los saqueos y las depredaciones y no vejaban á las poblaciones de los territorios ocupados sino en caso de necesidad extrema, por lo cual pronto fueron en todas partes saludados con júbilo y recibidos como salvadores por aquellas gentes esquiladas por las tropas imperiales.

A pesar de las cualidades excepcionales de su ejército, á pesar de la gran experiencia militar que tanto el rey como sus generales habían adquirido en las luchas con Dinamarca, Polonia y Rusia, era en extremo arriesgada la empresa que en mayo de 1630 se disponía á acometer Gustavo Adolfo. Un solo fracaso hubiera bastado para que sobre él se arrojaran su enemigo de Polonia y aun el rey de Dinamarca que tanta envidia y casi enemistad le tenía. En aquella ocasión encontrábase aislado diplomáticamente. Las negociaciones entabladas con el embajador francés Charnacé para establecer una alianza con Francia, potencia que había facilitado el armisticio con Polonia, habían dado tan pocos resultados como las seguidas con Holanda, nación que temía que una alianza con Suecia le produjera un conflicto con el emperador, con quien aun vivía en paz, á lo menos aparentemente. Holanda, temerosa y no sin motivos de que al aliarse con Suecia cayeran sobre ella las fuerzas unidas de España y del emperador, apenas si consintió en ofrecer algunos subsidios en dinero.

A pesar de todo esto, Gustavo Adolfo, lleno de inquebrantable confianza en Dios, dió el paso decisivo. En mayo estaban terminados los grandes preparativos para la expedición, y el 26 de junio el rey desembarcó en Pommerania, en la isla de Usedom, al frente de un ejército no muy numeroso, pero selecto, aguerrido y perfectamente instruido en punto á táctica. Probablemente esperaba el monarca sueco que le acogieran con entusiasmo y le ayudarían con eficacia sus correligionarios alemanes que, amenazados en su existencia, habían de ver en él al salvador que se les presentaba en momentos de suprema angustia; mas si tal esperó, hubo de sufrir al principio muchos desengaños. Ya había sido un mal presagio el hecho de que poco antes de salir de Suecia se le presentara una embajada del duque Bogislao de Pommerania suplicándole encarecidamente que desistiera de su expedición ó por lo menos que no desembarcara en territorio pommeranio, porque con ello le pondría en grave compromiso con el emperador y con las tropas de este que en sus dominios se encontraban. Como era natural, aquella súplica no hizo desistir á Gustavo Adolfo de la empresa que había resuelto llevar á cabo, y en vista de que, al presentarse en Pommerania, el duque Bogislao persistía en su actitud de resistencia ó por lo menos de prudente reserva, decidió atenerse á sus propias fuerzas. Despues de haber fortificado apenas el punto en donde había desembarcado, asegurándolo contra una sorpresa del enemigo, marchó directamente sobre Stettin, intimó á esa ciudad que le abriera sus puertas y, habiendo el coronel pommeranio que defendía la plaza opuesto algunas dificultades á tal intimación, declaró que solo entraría en tratos con el duque en persona. En su consecuencia Bogislao hubo de presentarse en el campamento de Gustavo y, acosado por este, ordenar que se abrieran las puertas de la ciudad, acabando por concertar con el monarca

sueco una alianza que le garantizaba la posesión de su territorio, pero en la cual se consignaban, para el caso de su muerte, condiciones que aseguraban los derechos de Suecia para arreglar la sucesión del ducado, con lo cual Gustavo Adolfo adquiría un arma poderosa contra Brandeburgo, que había firmado con Pommerania un tratado hereditario en virtud del cual podía aspirar á la herencia.

Hecho esto, el rey de Suecia creyó que lo más importante entonces era crear una base firme de operaciones y asegurarse la posesión de la costa pommerania, objetivo á cuyo logro se dedicó con asombrosa circunspección aunque con la mayor energía, consiguiendo paso á paso apoderarse de una serie de plazas de Pommerania, especialmente de Stolpe y Anclam, que los imperiales, perdida la serenidad, le aban-

donaron sin resistencia, y asegurarse los importantes pasos fronterizos de Mecklenburgo. Las tropas imperiales, privadas de su general y dirigidas por un jefe de poca importancia, Torcuato Contis, demostraron una debilidad y una vacilación tales que facilitaron considerablemente los triunfos de Gustavo Adolfo. Iguales en número á las fuerzas suecas, se diseminaron y nunca resistieron vigorosamente, y aun sucedió muchas veces que pequeños y aun grandes destacamentos de mercenarios se pasaron al rey de Suecia, cuya buena estrella parecía abrirles nuevos horizontes para el porvenir. Gustavo Adolfo, resuelto á deshacerse de sus enemigos con un golpe decisivo, les atacó el día de Navidad de 1630 en su cuartel general, entre Greifenhagen y Garz, y les derrotó tan por completo que los imperiales no tuvieron mas



Vista del castillo y de una parte de la ciudad de Wolgast durante el sitio de 1630.

En las nubes un signo milagroso que según dice la inscripción puesta al pie apareció sobre el castillo en forma de un león y una águila.

Facsimile de un grabado anónimo publicado en el *Theatrum Europaeum* de Mateo Merian (1593-1650) en 1637.

remedio que evacuar la Pommerania. Los suecos persiguieron á los fugitivos hasta muy adentro de la Nueva Marca, llegando entonces hasta Landsberg de Warthe. La población pommerania hizo grandes demostraciones de alegría cuando se vió libre de sus opresores. A fines de 1630, Gustavo Adolfo era dueño de toda la Pommerania, con excepción de Colberg, de Greifswald y de una parte de la Nueva Marca. Entonces la corte imperial y los círculos de los príncipes católicos comenzaron á comprender la gravedad del peligro que por aquel lado les amenazaba. La noticia de la victoria de los suecos en Garz y Greifenhagen les anonadó.

Sin embargo, importaba mucho para el curso ulterior de aquella empresa saber la actitud que despues de aquellos primeros éxitos, no decisivos todavía, tomarían los príncipes protestantes alemanes con relación al salvador que en los momentos de necesidad suprema se les había presentado.

ASAMBLEA DE LEIPZIG Y DESTRUCCION DE MAGDEBURGO

Sean cuales fueren los motivos que impulsaron á Gustavo Adolfo á intervenir en la guerra alemana, no cabe la menor duda de que á su sola aparición en el territorio germánico debió el protestantismo alemán la salvación del gravísimo peligro que le amenazaba. Gracias á ella no pudieron llevarse adelante las medidas de reacción católica que, basadas en el edicto de restitución, habían comenzado á poner en planta los imperiales en el Norte y en el Sur de Alemania,

EPOCA DE LA GUERRA DE TREINTA AÑOS

pues antes que á esto fué preciso atender á la defensa contra un nuevo enemigo que, menospreciado en un principio, no tardó en hacerse temible á sus adversarios. Los actos anteriores de Gustavo Adolfo habían demostrado á estos que tenían que habérselas con un estratégico y táctico de primera fuerza, de quien dijo despues Napoleon que las operaciones en apariencia insignificantes, pero magistralmente dirigidas, que había realizado en los comienzos de aquella campaña bastaban á acreditarle de uno de los mas grandes generales que la historia haya conocido. La habilidad con que sin poner en juego todo su ejército supo asegurar, en medio de circunstancias difícilísimas, su base de operaciones; la prudencia que demostró no avanzando sino despues de tener completamente aseguradas su línea de retirada y sus comunicaciones con los elementos que en pos de sí iba dejando; y la energía y audacia con que, á pesar de esta circunspección, atacó en el momento oportuno y arrojó al enemigo de los territorios costaneros del Norte cuya posesión le interesaba principalmente, son brillantes pruebas de sus talentos estratégicos.

Así como antes de su desembarco esperaba Gustavo Adolfo, dada la comprometida situación de los protestantes alemanes, que estos le recibirían con los brazos abiertos y le aclamarían como su salvador, así tambien despues de sus primeros triunfos en Pommerania y Mecklenburgo, que tanto terror habían infundido en los imperiales, creyó haber adquirido títulos sobrados á la confianza y al afecto de sus

correligionarios de Alemania. Sin embargo, ¡cuán defraudadas hubo de ver una buena parte de estas esperanzas! Los príncipes alemanes, á causa de los padecimientos sufridos durante los últimos años y de las confiscaciones llevadas á cabo en los bienes de los adversarios del emperador, y á consecuencia también de la destitución del elector del Palatinado y de los duques de Mecklenburgo, estaban tan atemorizados y decaídos que no se sentían con ánimo para tomar una resolución enérgica. Tanto era así que el mismo duque de Pommerania, á quien las tropas imperiales acosaban lo que no es decible, solo por fuerza había aceptado la alianza con Suecia, y los pocos príncipes alemanes que tuvieron el valor de unirse espontáneamente á Gustavo Adolfo, entre ellos el valiente y fogoso landgrave Guillermo de Hesse, en quien se conservaba un destello del espíritu de su antepasado Felipe el Magnánimo, y el jóven y audaz duque Bernardo de Weimar, no pudieron servir de gran ayuda al rey de Suecia mientras este permaneció en el Nordeste de Alemania. Gustavo Adolfo alegróse de su viril decisión, pero lo que mas le convenía era que se le unieran los príncipes de la Baja Alemania, sobre todo los electores de Brandeburgo y de Sajonia, que eran los caudillos mas ilustres de los protestantes alemanes y cuyo ejemplo, por esta razon, habria de ser por otros muchos imitado. Precisamente aquellos dos eran los mas pusilánimes: Juan Jorge, que solo sabia beber sin tasa como el que mas, era hombre inepto para adoptar una determinación varonil. Cierto que despues de haber desconocido durante largo tiempo que la lucha entablada en Alemania era en el fondo una lucha por la existencia del protestantismo, y que despues de haber combatido como aliado del emperador contra sus propios correligionarios habia al fin sentido turbada su tranquilidad por el edicto de restitución y comenzado á temer por la suerte de su religion y muy especialmente por la de sus bienes eclesiásticos; pero á pesar de ello no habia podido resolverse á modificar enérgicamente ó á cambiar por completo de política, en una palabra, á emprender una acción activa, y seguía creyendo que su mayor seguridad estaba en «la devoción hácia la majestad imperial.» Su candidez en este punto llegó al extremo de esperar que con una simple solicitud suya el emperador revocaría el edicto de restitución ó procedería benignamente en la ejecución del mismo. No hay que decir que su demanda no dió el menor resultado, á pesar de lo cual no comprendió que la revocación del edicto, cuestión de vida ó muerte para el protestantismo, solo podría obtenerse del emperador uniéndose todos los príncipes protestantes amenazados y oponiéndole una resistencia comun que contara con el necesario apoyo de una potencia debidamente armada. Léjos de esto, declaró que cada uno de los Estados del Imperio debía resolver por sí la actitud que le convenía adoptar enfrente del edicto de restitución. Para él era cosa inconcebible unirse al rey de Suecia para luchar contra el emperador y obligar á este con ayuda de aquel á que cediera. En vano habia intentado Gustavo Adolfo en 1629 conseguir de él que le ofreciera ponerse á su lado en el caso de su desembarco; el elector ni siquiera contestó á las varias cartas del rey, y ni las excitaciones de Francia, de Bernardo de Weimar, del administrador Cristian Guillermo de Magdeburgo ni otras varias pudieron hacerle mudar de opinion y moverle á ponerse al frente de la oposición protestante.

No tuvieron mejor éxito las tentativas que en análogo sentido hizo Gustavo Adolfo cerca del débil elector Jorge Guillermo de Brandeburgo, á pesar de que este, á consecuencia de las inauditas vejaciones que, sin embargo de su actitud neutral, cometieron con él las tropas de Wallenstein, tenia mas que sobrados motivos para alegrarse de la presencia del

monarca del Norte que iba á sacarle de la afictiva situación en que se encontraba. Por el contrario, Jorge Guillermo habia enviado al rey de Suecia varias embajadas suplicándole que no le hiciera intervenir en nada, sino que le dejara tranquilo y prescindiera por completo de él. Con razon contestó Gustavo Adolfo á uno de aquellos embajadores que el elector, con su miedo á la guerra, no conseguiría otra cosa que verse cada día en mayor aprieto y perder cuanto tenia, y que por lo tanto debía buscar *mascula consilia*, pues al que se hace oveja el lobo se lo come. Pero los *mascula consilia* no eran propios de ese príncipe débil y además sometido por completo á la influencia de su ministro el conde Adán de Schwarzenberg, hombre católico y partidario del emperador contra cuyas tendencias nada podían los enérgicos consejeros secretos que eran protestantes. La experiencia del poco fruto que le habia reportado durante los últimos años su actitud neutral no habia podido enseñar al elector que en una lucha por la existencia como la que entonces estaba empeñada nada era mas funesto que el estarse sin hacer nada. Si no queria sucumbir sin resistencia á las consecuencias del edicto de restitución, como no querían ni el de Brandeburgo ni el de Sajonia, no habia mas que dos caminos que seguir: ó bien unirse á Suecia para ir contra el emperador, ó mantener una neutralidad armada con relación á las dos partes beligerantes, es decir, oponer una resistencia enérgica y si era preciso armada á toda tentativa del emperador para hacer ejecutar el edicto en los territorios protestantes y rechazar resultadamente y por medio de las armas la intervención de Gustavo Adolfo en las cuestiones alemanas. Este último procedimiento, que exigía aun mayores aprestos militares que el primero, fué el que Arnim propuso á los dos electores y el que se adoptó en la asamblea de Leipzig de una manera deficiente y deplorable. Al principio prevaleció el sistema de no hacer nada, de mantenerse en una actitud neutral no apoyada por ninguna de las dos potencias beligerantes y que por tanto ninguna de estas se hallaba dispuesta á reconocer. Por lo menos Gustavo Adolfo, que despues de la victoria de Garz Greifenhagen habia penetrado en el territorio del electorado de Brandeburgo, dió claramente á comprender que de nada le servía la neutralidad del elector, al cual hizo decir que era preciso que fuese su amigo ó su adversario. A pesar de esto Jorge Guillermo persistió en su lamentable actitud, demostrando así á los dos beligerantes su completa impotencia. ¿Y no habia de ser juguete de uno y otro desde el momento en que, viéndose apurado, ordenaba al coronel de Kustrin que dejara pasar y repasar libremente á los imperiales y que lo propio hiciera con los suecos cuando sus barcos se presentasen en el Oder, cosa que no podia suceder sino despues de haberse apoderado Gustavo Adolfo de los pasos de Garz y Greifenhagen? Para no verse en la necesidad de sostener un ejército propio y de adoptar una actitud independiente en el gran conflicto, permitió el elector que ambos ejércitos pasaran por su territorio, con lo cual imponía á este sacrificios infinitamente mayores que los que el sostenimiento de un ejército hubiera podido costarle.

Ya se comprenderá que tampoco el emperador habia de agradecer á los electores esa neutralidad y la negativa á aliarse con Suecia, sino muy al contrario, y así se lo demostró muy pronto al elector de Sajonia, cuando este, señalando el peligro que de parte de Gustavo Adolfo amenazaba, suplicó al emperador que revocara el edicto de restitución. A esta petición contestó el soberano exigiéndole que le ayudara con dinero, armas y soldados en la lucha contra Suecia y diciéndole que no habia que hablar de la revocación de aquel edicto. Tamaña exigencia pareció intolerable aun al

mismo elector de Sajonia, el cual, bajo la impresión de aquella carta imperial, acogió la idea de Arnim de convocar una asamblea de los príncipes protestantes para ponerse de acuerdo sobre la actitud que todos ellos deberían adoptar respecto del edicto de restitución. Tampoco entonces se mentó para nada la unión con Gustavo Adolfo.

De suerte que el rey de Suecia no pudo contar al principio de su campaña con auxilio alguno de los príncipes pro-

testantes alemanes: sólo algunas ciudades del Norte de Alemania se mostraron dispuestas á prestarle ayuda, siendo la primera de ellas Stralsund que, abrazando lealmente su causa, le pagó el apoyo que de él habia recibido en 1628. También se le unió, aunque de una manera irregular y precipitada, la ciudad de Magdeburgo, la cual parecia entonces llamada á desempeñar, como poderoso baluarte de las ideas protestantes y enfrente del edicto de restitución de Fernan-



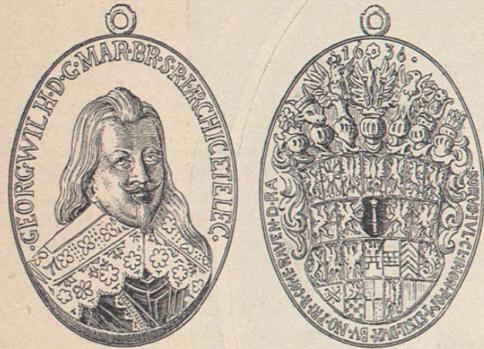
El landgrave Guillermo de Hesse. Facsimile reducido del grabado de Felipe Kilian (1628-1693)

do II, el mismo papel glorioso que habia representado en tiempo de Carlos V enfrente del interregno de Augsburgo.

Ya hemos visto como supo resistir la intimidación de Wallenstein para que admitiera una guarnición imperial; mas á pesar de su firmeza no pudo impedir que el emperador impusiera al cabildo como arzobispo á su hijo Leopoldo Guillermo y que luego reformara algunas iglesias de la ciudad, es decir, que las restituyera violentamente al culto católico. Estas arbitrariedades indignaron á la población, que era eminentemente protestante; pero el Consejo, algunos de cuyos miembros, los mas prudentes, temían cualquier rompimiento directo con el emperador, al paso que otros eran resultadamente imperiales, no quiso hacer nada formal contra aquellos actos de Fernando. Esta conducta fué causa de que los elementos mas radicales de la población, entre los cuales

distinguiase especialmente la asociación llamada de los *hermanos Dingebank* á cuyo frente estaba el coronel Schneidewin, se amotinaron contra el Consejo, que procedió enérgicamente contra ellos prendiendo al citado coronel. Esto no hizo mas que aumentar la irritación de aquellos habitantes, que acabaron por derribar al antiguo Consejo demasiado imperialista que presidía el burgomaestre Aleman y nombrar otro del cual se esperaba que defendería mas enérgicamente los intereses de los protestantes; pero en vista de que el nuevo Consejo no queria poner en libertad al jefe de los radicales, aquel coronel Schneidewin, el partido radical adoptó una medida extrema aliándose con el administrador expulsado de Magdeburgo, Cristian Guillermo, que se habia dirigido á Gustavo Adolfo en demanda de auxilio y que, aceptando gustoso los ofrecimientos de los radicales magde-

burgueses, se encaminó de incógnito y sin que al principio nadie le conociera, acompañado del agente sueco Stalman, á Magdeburgo, donde entró en 1.º de agosto de 1630. Poco despues, apoyado por sus partidarios, se dió á conocer en público y el nuevo Consejo no se atrevió á oponerse al sego que tomaban los acontecimientos, pudiendo reunir muy pronto Cristian Guillermo un ejército, demasiado pequeño para empresas importantes, al frente del cual y confiado en que inmediatamente recibiría auxilios de Gustavo Adolfo se aventuró á salir de la ciudad y á recorrer los campos de la archidiócesis, y aun consiguió expulsar de ellos á algunos pequeños destacamentos imperiales. No tardó, sin embargo, en fracasar aquella empresa, pues en cuanto volvieron las tropas del emperador en mayor número Cristian tuvo que



Medalla con el busto de Jorge Guillermo, elector de Brandeburgo

Inscripcion del anverso: GEORG. WILH. D. G. MAR. BR. S. (ancti). R. (omani). I. (mperii). ARCHIC. ET. ELEC. En el reverso el escudo de armas con la inscripcion: BORVS. IVL. CL. MON. POM. ET. SIL. DVX. BV. NO (Burgrave de Nuremberga) PRI. R (Principe de Rugen). COME. RAVEN. D. RA y el año 1636. De oro. Tamaño original. (Real Monetario de Berlín)

abandonar sus posiciones y refugiarse nuevamente en la ciudad, á la que el emperador en una comunicacion enérgica intimó la destitucion del administrador. En el Consejo hubo varios miembros prudentes que se mostraban inclinados á cumplir esa intimacion porque veían que las fuerzas con que entonces contaban no serian suficientes para una resistencia formal al ejército del emperador; pero la influencia de los radicales, apoyados por los agentes de Suecia, era demasiado grande para que tal parecer prevaleciera. A medida que á ella se aproximaban las tropas imperiales, la situacion de Magdeburgo iba agravándose, en vista de lo cual Gustavo Adolfo, que naturalmente tenia gran interés en apoderarse del importante paso del Elba, resolvió enviar á la amenazada ciudad á Dietrich de Falkenberg, su mariscal de la corte, para reanimar á la poblacion y organizar la resistencia. Falkenberg, hombre dotado de gran energía y de excepcionales dotes militares, llegó á Magdeburgo en 19 de octubre de 1630 y procedió inmediatamente á fortificar la ciudad asegurándola por de pronto contra cualquier ataque por sorpresa de los imperiales. Comprendiendo claramente la gran importancia de las islas del Elba, el mariscal hizo construir un fuerte reducto en la parte del dique denominada *Cuerno encarnado* y fortificó además la entrada del puente del rio á fin de poder hacer frente sin pérdida de momento á un desembarco de tropas enemigas. Todos estos trabajos pudo terminarlos tranquilamente porque Tilly, que parecia haber perdido todas sus antiguas energías, á pesar de los triunfos obtenidos por Gustavo Adolfo en Pommerania y Mecklenburgo sobre

los imperiales no quiso abandonar en algunos meses sus cuarteles del Weser y hasta fines de noviembre no envió á Magdeburgo á Pappenheim con 2.000 infantes y algunos centenares de jinetes, fuerzas á todas luces insuficientes y á las cuales fácilmente habian de resistir las que Falkenberg tenia dispuestas en la ciudad fortificada. Desde luego se echa de ver, sin embargo, que esa alianza de Magdeburgo realizada con precipitacion y en forma irregular y casi revolucionaria no significaba una gran adquisicion para las operaciones de Gustavo Adolfo; por el contrario, en vez de conseguir ayuda de la ciudad, veíase obligado á prestar auxilio á esta. Aquel paso dado prematuramente por Magdeburgo habia de hacerle doblemente sensible la inutilidad de sus tentativas para atraerse á los dos electores protestantes, sin cuya adhesion no habia que pensar en hacer levantar el sitio de aquella ciudad.

En cambio Gustavo Adolfo, merced á las pruebas que de sus talentos de general habia dado en Alemania, consiguió el apoyo de Francia, que era el principal enemigo que fuera del Imperio tenia la casa de Habsburgo. Richelieu, que consideraba el aniquilamiento de Austria y de España como condicion indispensable para el engrandecimiento de su propia patria, habia influido poderosamente, segun hemos visto, para que se firmara aquel tratado sueco-polaco que habia permitido á Gustavo Adolfo intervenir en la guerra alemana; pero aun no se habia decidido á apoyar directamente al rey de Suecia, de quien pensaba servirse como ariete fácil de manejar contra la prepotencia de los Habsburgos. Los primeros éxitos de Gustavo Adolfo habíanle, sin embargo, demostrado cuan útil podia este serle para sus combinaciones europeas, y en su consecuencia resolvió aliarse directamente con él desoyendo las manifestaciones de disgusto que su resolucion arrancó á los fanáticos católicos. Mas si creyó que podria hacer servir de instrumento de su política á aquel rey que no lo era «por la gracia de Dios» porque su padre habia sido elevado al trono por la voluntad de su pueblo, el desencanto no pudo ser mayor, pues Gustavo Adolfo demostró ser tan hábil diplomático como estratégico y una tras otra hubo de renunciar el gran hombre de Estado francés á sus primitivas exigencias para conseguir el fin principal que se proponia. Una cuestion de forma produjo la primera dificultad diplomática en aquellas negociaciones sobre la alianza que ambas partes deseaban: Richelieu no queria otorgar á Gustavo Adolfo en el trato diplomático los títulos de la dignidad real, fundándose en la razon antes expuesta, y el monarca sueco declaró que solo podia seguir aquellas negociaciones partiendo del punto de vista de una igualdad completa. En vista de ello el cardenal exigió que por lo menos en el instrumento de paz que se firmara el nombre del rey de Francia precediese siempre al del rey de Suecia; pero este tampoco accedió á esa pretension, no queriendo renunciar á uno solo de los derechos y honores que le correspondian, y en efecto logró que en un ejemplar del tratado el nombre del monarca francés se antepusiera al suyo y en el otro se pusiera el suyo antes que el de aquel. Todo esto eran pequeñeces, pero caracterizaban la situacion y eran síntomas de lo que sucederia en el curso de las negociaciones, en las cuales Richelieu hubo de desistir de la mayor parte de sus primitivas exigencias. La principal de estas habia sido que se concediera al rey de Francia una influencia decisiva en las operaciones militares de Gustavo Adolfo, el cual no quiso consentir en ello queriendo ejercer él solo la direccion de la guerra. Francia hubo, pues, de contentarse con las ventajas mediatas que los triunfos de las armas suecas le ofrecian en perspectiva, ya que hasta sus pretensiones de adquirir territorios en el suelo aleman fueron rotundamente rechazadas. Despues de

todas estas discusiones firmóse en enero de 1631 el tratado de Barwalde por el cual Francia y Suecia pactaban una alianza por cinco años «para defender á los amigos comunes, para asegurar el Báltico y la libertad del comercio y para obtener la restitucion de los Estados vejados y oprimidos.» Una sola concesion hizo Gustavo Adolfo á Richelieu sobre un punto acerca del cual este se creyó obligado á insistir para evitar las recriminaciones de sus adversarios católicos, y fué la de comprometerse á respetar la religion católica en los lugares conquistados y á proceder segun prevenian las constituciones del Imperio. Muy significativa fué otra condicion consignada en aquel tratado, en la cual se establecia que se guardaria amistad á Baviera y á la Liga con las que Richelieu estaba tambien aliado desde la asamblea de Ratisbona, á condicion de que lo mismo hicieran ellas. Como se ve, la alianza entre Francia y Suecia iba dirigida principal y casi

exclusivamente contra el emperador. En cuanto á la Liga, que precisamente entonces estaba en abierta oposicion con el soberano, creían aquellas dos potencias que podrian vivir en paz con ella, sin tener en cuenta Gustavo Adolfo que ella habia sido cabalmente la que habia instigado al emperador á promulgar el edicto de restitucion que él no queria en modo alguno reconocer. Para conseguir el fin que la alianza se proponia, es decir, para combatir con éxito el predominio del emperador en Alemania, obligábase Gustavo Adolfo á sostener 30.000 infantes y 6.000 jinetes, y para atender á los gastos que esto ocasionara comprometiase Francia á pagar anualmente 400.000 thalers. Además Gustavo Adolfo recibió 120.000 thalers como subsidio correspondiente al año que habia transcurrido.

Con esto ya salía muy beneficiado el monarca sueco, que hasta entonces se habia visto reducido casi exclusivamente



Vista de Stettin. Facsímile reducido de un grabado publicado en el *Inventarium Sueciae* (1632), de J. L. Gottfried

á los recursos económicos de su pequeño y pobre Estado y que gracias á estos subsidios podia dedicarse con nuevas fuerzas á las operaciones militares. Gustavo Adolfo habia en un principio concebido un plan de operaciones ofensivas vasto y grandioso, pero por consejo de su canciller Oxenstierna tuvo que renunciar á él por de pronto, y mientras no consiguiera la adhesion de los príncipes protestantes hubo de limitarse á proseguir la guerra con la misma prudencia que hasta entonces, de una manera lenta, es decir comenzando por apoderarse una por una de las plazas de las costas de Mecklenburgo y de Pommerania y creándose de esta suerte una base de operaciones y una línea de retirada seguras. En persona avanzó el rey de Suecia sobre Mecklenburgo, mientras el grueso de su ejército, al mando de Horn, permanecia en el territorio de Stettin y Landsberg para cubrir el Oder, la Nueva Marca y la Pommerania citerior; y en tanto que él se apoderaba de Nuevo Brandeburgo y de Demnin, el paso mas importante entre Mecklenburgo y Pommerania, su general Boetius tomaba en la Pommerania citerior la plaza de Kolberg (12 de marzo de 1631).

Por fin presentóse en el teatro de la guerra Tilly, que hasta el mes de diciembre estuvo en el Weser sin hacer nada, avanzando luego lentamente hacia el Este y reuniéndose en 29 de aquel mes con Pappenheim en el campamento que este tenia levantado delante de Magdeburgo. Esta ciudad creyó entonces que el numeroso ejército liguista imperial la pondria un sitio en regla, y temiéndolo así el burgomaestre Kuhlwein presentóse al frente de una diputacion en el campamento de Tilly para negociar con él un arreglo. Tilly exigió que la ciudad hiciera salir al administrador y á todas sus tropas y que permaneciera adicta al emperador, mediante lo

cual seria perdonada. Los ilustres de la ciudad, es decir, los partidarios del antiguo Consejo imperialista parecieron dispuestos á acceder á esas pretensiones, pero la opinion pública excitada por las predicaciones protestantes era resueltamente hostil á toda conciliacion y preferia arrostrar todos los peligros de un sitio antes que someterse al edicto de restitucion. El peligro, sin embargo, pasó pronto, pues Tilly se alejó de la ciudad para ir al encuentro de Gustavo Adolfo y evitar que siguiera avanzando por Mecklenburgo, dejando delante de Magdeburgo á Pappenheim con una parte de su ejército. En 5 de enero de 1631 pasó Tilly el Elba por Dessau para aproximarse lentamente á la frontera mecklenburguesa por la Marca, y en marzo tomó por asalto á Nueva Brandeburgo entrando en ella á saco; pero en vez de dirigirse, como temia Gustavo Adolfo, sobre Stralsund ó sobre Greifswald, que sitiaban los suecos, á los pocos dias se retiró, como si quisiera evitar un combate decisivo con Gustavo Adolfo que estaba perfectamente apercebido para el caso de que tal accion se empeñara. A instancias de Pappenheim regresó Tilly á Magdeburgo con el propósito de emplear todas sus fuerzas en la conquista de ese paso del Elba, cuya capital importancia reconocia.

En seguida volvió á tomar Gustavo Adolfo la ofensiva, y aunque no podia aventurarse á libertar directamente á Magdeburgo mientras no se hubiese despejado su situacion respecto de Brandeburgo y de Sajonia, pues corria el peligro de que estos, en caso de una derrota, se levantaran contra él y le cortaran toda comunicacion con el Oder y con el Báltico, creyó que atacando á Francfort en el Oder lograria que Tilly se retirara de Magdeburgo y que el elector de Brandeburgo se decidiera al fin á aliarse con él en vista de su